

Petrarca tenía odio á la ciudad de Aviñon: la conocia por larga experiencia propia, porque habiendo llegado allí jóven todavía, en compañía de sus padres, residió en ella y en sus cercanías unos 15 años con largas interrupciones, desde 1326 hasta 1353. Desahogó este odio en invectivas verbales, en cartas, en discusiones tranquilas y en sonetos ardientes y versos imperecederos, que patentizan el fuego poético y el amor á la verdad del autor.

El odio á Aviñon no impidió á Petrarca admitir beneficios y prebendas de varios papas ni tener relaciones amistosas é íntimas con muchos altos dignatarios de la Iglesia, ni escribir á varios papas epístolas laudatorias excitándoles siempre á trasladar su corte y gobierno á Roma, como capital verdadera del papado, donde les esperaban las misiones ideales que halagaban la mente del poeta y del patriota. Así le entusiasmó muchísimo el papa Juan XXII, que gobernó la Iglesia desde 1316 hasta 1334, porque prometió efectuar la traslación á Roma y organizar una cruzada; pero cuando súbitamente renunció á ambos proyectos, se cambió en ira el entusiasmo del poeta. Los dos sucesores de este papa, Benedicto XII y Clemente VI, que reinaron respectivamente desde 1334 hasta 1342 y desde 1342 hasta 1352, no se cuidaron ni de trasladarse á Roma ni de organizar cruzadas; muy al contrario, afirmaron la sede pontificia en Aviñon como si hubiese de ser residencia perpetua de los papas, lo que no impidió que escuchasen con la mayor amabilidad las poesías latinas en que Petrarca les excitaba, ya por su impulso propio, ya por encargo de la ciudad de Roma, á trasladar allí su residencia, como su verdadera patria. Benedicto XII era hombre severo, y aunque no un modelo de papas, comprendió su misión y su gravedad, siendo además poco amigo de ostentación vanidosa. A esta última fué en cambio muy aficionado su sucesor, Clemente VI, que por lo demás honró las letras y las ciencias, por cuya razón alcanzó su benevolencia también á Petrarca, como uno de los representantes más distinguidos del saber. Inocencio VI, que reinó desde 1352 hasta 1362, siguió las tradiciones rancias de los papas enemigos de la ciencia y trató á Petrarca no solamente con indiferencia sino hasta con rencor, porque este, lo mismo que Virgilio, eran para él poco menos que nigrománticos; de modo que Petrarca no juzgó á este papa apto para la elevada misión que atribuía al papado. Sucedió á Inocencio el francés Urbano V, que gobernó la Iglesia desde 1362 hasta 1370, y que fué, á pesar de su nacionalidad, un papa al gusto de los italianos, y en primer lugar, de Petrarca, el cual le dirigió una epístola fogosa y notabilísima por la abundancia de las razones y la viveza de la expresión. Recuerda al papa sus propios dichos: «A falta de otras razones para pasar á Italia y á Roma, basta la de que con esto se aumentaría la devoción de los fieles,» y: «Entre todos los males que agobian á la ciudad de Roma, resulta el peor el divorcio del papa.» Luego le recordó su nombre de Urbano, que era derivado de *urbs* y que debía inducirle á trasladarse á la Ciudad eterna, cuyo triste estado reclamaba auxilio, y le indicó la multitud y facilidad de los medios que tenía á mano para ser el salvador de aquella ciudad. Con mucho tacto y admirable acierto, en estas epístolas monitorias, apoyó sus excitaciones con pasajes de la Biblia, en lugar de servirse de otros sacados de los autores antiguos, como hacia en otras cartas y discursos. Parecía casi un profeta enviado por Dios cuando dirigió al papa estas palabras que el Señor había dicho á Abraham: «Deja tu país y tus parientes, y trasládete al país que te enseñaré, á fin de hacerte padre de un gran pueblo y ensalzar tu nombre.» Urbano hizo, en efecto, un viaje á Italia en 1367, y entonces saludóle el vate con las palabras del salmista: «Cuando Israel salió del Egipto, y la casa de Jacob de un

pueblo extraño, todo era alegría y júbilo;» y cuando el pontífice volvió á abandonar el suelo italiano, porque las dificultades de la vuelta á Roma le habían parecido superiores á sus fuerzas, hizo Petrarca una última tentativa para detenerle y le citó el ejemplo del apóstol San Pedro, que huyendo cobardemente, fué sorprendido por la aparición de Jesús, y preguntándole San Pedro: «¿Adónde vas, Señor?» contestó el Salvador: «Voy á Roma, para sufrir una vez más la muerte en la cruz.»

El dolor del poeta fué grande cuando vió desvanecida también esta esperanza, y el papa Gregorio XI, que sucedió á Urbano en 1370 y reinó hasta 1378, aumentó este dolor permitiendo la publicación de un escrito en que se hacía bafa de una nueva epístola monitoria del incansable vate y patriota. Para hacerle más amargo el desengaño, el autor del escrito se burlaba también de la misma Roma, de la ciudad santa. Poco después murió Petrarca.

No fueron estas excitaciones los únicos esfuerzos que el poeta hizo en favor de su idea favorita. Cuando vió que los pontífices no se mostraban dispuestos á secundar su deseo, hizo otra tentativa con el pueblo para ver si reanimaba el calor vital de aquel cuerpo casi inerte, y esta vez no fué Petrarca el motor, sino otro patriota más atrevido, Nicolás de Rienzi, el cual se propuso, también con éxito desgraciado, instalar en Roma un gobierno republicano, entre los años 1347 y 1353.

Petrarca no tuvo en esta revolución más que una participación moral. Con su incansable glorificación de lo pasado había despertado en Rienzi, como en otros pechos ardientes, el deseo de resucitar el lustre de los tiempos antiguos; con sus canciones, discursos y cartas había excitado al pueblo romano á prestar su brazo á la obra heroica de su redención y á los príncipes italianos y extranjeros á no poner impedimento á esta obra. Todos sus escritos, originados por este fugaz ensueño republicano, como su carta animadora á Rienzi y al pueblo romano, la canción italiana y la égloga latina dirigida al nuevo imperante, las epístolas á los romanos excitándolos á libertar al tribuno prisionero del papa, respiran el entusiasmo poético por la libertad y revelan el hombre de carácter, que no se limita á excitar y á aplaudir al victorioso sino que trabaja por el infeliz aunque terco que no había hecho ningún caso de los avisos y consejos del poeta. No pierde tampoco ni la fé ni la esperanza en la república aun después de haber fracasado lamentablemente el primer ensayo. Por supuesto que en todos estos escritos no se encuentra ninguna idea ni proposición práctica ni para motivar ni para realizar los ensueños teóricos, y ¿de qué habrían servido habiéndose malogrado todo? Una sola vez se vió Petrarca en el compromiso de presentar alguna idea concreta en los asuntos romanos, y entonces fué también, en lugar de práctico, retórico. En 1351, en el intervalo entre el fracaso de la primera empresa de Rienzi y el regreso de este á Roma, para contentar al pueblo romano el papa consintió en que se le diese una nueva constitución; para este objeto se nombró una comisión y uno de sus individuos quiso oír la opinión de Petrarca. Se ha conservado la contestación que este dió y que está sintetizada en las ideas siguientes:

«La grandeza sublime de Roma, imperecedera por su unión estrecha con la corona imperial y con el pontificado, impone á todos el deber de contribuir á cuanto tenga por objeto el bien de la capital veneranda para todos pero actualmente destrozada por la contienda de dos familias nobles y de sus respectivos parciales, á una de las cuales (Orsini) no aborrezco y á la otra (Colonna) amo entrañablemente. Roma, sin embargo, no está ahí para ser botín de dos familias por elevadas que sean. Como estas contiendas de los nobles,

que todos son de origen bárbaro, no pueden ser dirimidas con paliativos sino con medidas fuertes, no queda más recurso que excluir del gobierno á la nobleza en general y nombrar para él senadores de sangre romana pura, sacados del pueblo romano verdadero. Contra este remedio se suelen aducir tres razones que nada prueban, á saber, el poderío de los nobles, que en realidad ha servido hasta ahora solamente para provocar discordias y divisiones fatales; su riqueza, que es el enemigo de la virtud, y finalmente, sus títulos de nobleza, que en el fondo no son más que sonido vano y únicamente sirve para ahondar la división interior en lugar de hacerla desaparecer.»

Lo más curioso en este documento, en que no brilla la ciencia ni el talento del hombre de Estado, es, según se ve, el espíritu democrático que respira todo; pues por lo demás quiere Petrarca que los ciudadanos romanos sean los únicos amos verdaderos de la ciudad, como en la Roma antigua, y al mismo tiempo reconoce por amo supremo al emperador, al cual dice que corresponde el dominio del orbe, siendo por tanto digno de tener también el dominio sobre Roma.

Era entonces emperador Carlos IV, que reinó desde 1347 hasta 1378; hombre práctico y ajeno á toda clase de ilusiones fantásticas, que se contentó con perseguir objetos de fácil y segura realización y de utilidad positiva é inmediata. La dignidad de emperador era para él un título sin sustancia que en nada realizaba el brillo de su corona alemana, y consideraba la Italia como un país del cual era soberano accidental, y que podía servirle para impuestos, y otros recursos en dinero, concediendo dignidades y títulos á los ambiciosos que los buscaban. Podía ser Roma para él, á lo más, una ciudad antigua é interesante por sus recuerdos históricos, pero nunca veneranda ni menos sagrada por sus glorias é infortunios. Católico devoto como era, reconoció en el papa la cabeza de la Iglesia, ante la cual se inclinaba con respeto, no solamente por el interés de ser coronado emperador, sino por la convicción de que al papa se debía obediencia en todas las cosas, menos en las prerogativas del poder temporal.

A este príncipe, práctico y en muchos conceptos inteligente, y á la altura de su posición elevada, pero que ninguna propensión tenía á ocuparse en cosas puramente ideales, quiso convertir Petrarca á sus ideas. Para conseguirlo trabajó sin descanso durante 18 años, desde 1350 hasta 1368, no escaseando epístolas al través de cuya redacción, limada y pulida, se siente el hálito ardiente de los sentimientos que llenaban el pecho del autor. Tanto en ellas como en sus discursos, cuando pudo dirigir al emperador la palabra, presentó bajo formas siempre nuevas al soberano la misma idea de la resurrección de la gloria de su patria; unas veces le mostraba á la Italia triste como una desposada abandonada por su prometido, ó le recordaba su ascendiente el emperador Enrique, ensalzado y después lamentado por Dante, monarca que quiso redimir la Italia y encontró en esta empresa la muerte; otras veces le pintaba á Roma, antes tan gloriosa y entonces afligida y desesperada; le hablaba de la misión ideal de la dignidad imperial, que había de cumplirse á despecho de la resistencia de grandes y pequeños, y aun indicaba que el papado, por mucha veneración que le mereciese y por elevadas misiones que se le atribuyeran, debía someterse al emperador para no empañar el lustre de esta dignidad suprema y universal. Todo fué en vano, pero no por esto es menor el mérito de Petrarca, que para realizar su ideal, sin esperanza de encontrar recompensa alguna fuera de la satisfacción personal, no se cansó jamás, á pesar de todos los desengaños que recibió. Lo que le faltó evidentemente, fué talento político, porque á haberlo tenido no se

habría dirigido á un extranjero, á quien en otras ocasiones había tratado de bárbaro, para que se pusiera al frente de una gran empresa que requiera, en primer lugar, patriotismo, un idealismo á prueba de desengaños y un amor y entusiasmo entrañables por la antigüedad veneranda.

El emperador apreció la intención y trató al poeta con gran benevolencia, como le habían tratado casi todos los papas que le conocieron, y el mismo Rienzi, cuyo afecto llegó hasta la veneración. Complaciase Petrarca en referir las largas conversaciones que tuvo con el emperador, durante algunos días, en Mantua, y la distinción con que el soberano le trató; quizás hayan dado estas audiencias lugar á la fábula de que el rey Carlos fué á ver, en compañía de Laura, al poeta en Aviñon, en el año 1346, y que hizo grandes obsequios al objeto del amor de Petrarca, cuyo nombre este inmortalizó.

En un ejemplar manuscrito de Virgilio, que perteneció al poeta y que hoy se conserva en la biblioteca ambrosiana de Milan, escribió el Petrarca esta nota: «Laura, famosa por sus virtudes y á quien mis versos han dado á conocer hasta muy lejos, se presentó á mi vista por primera vez en la mañana del 6 de abril de 1327, en la iglesia de Santa Clara, en Aviñon. El día de su muerte (Laura murió el 6 de abril de 1348 en esta misma ciudad) hallábame en Verona, sin sospechar mi desgracia. La noticia me fué comunicada en Parma, el 19 de mayo, por una carta de mi amigo Sócrates. El hermoso cuerpo de la amada fué sepultado por la tarde del mismo día de su muerte en la iglesia de San Francisco, y su espíritu volvió, de lo cual estoy convencidísimo, al cielo de donde vino. He notado este suceso para triste memoria, con sentimiento entre dulce y doloroso, cabalmente en este sitio, sobre el cual tan á menudo cae mi vista, para que nada en este mundo me dé ya profundo placer y para que, roto, también, este lazo estrechísimo, me recuerde el suceso y me haga reflexionar sobre lo fugaz de la vida terrestre y huir de la Babel (Aviñon). Este, con el auxilio de la divina gracia, será mi consuelo cuando medite sobre los cuidados superfluos, las esperanzas vanas y las consecuencias inesperadas.»

Estas dos noticias, escritas una á continuación de la otra, son las únicas fidedignas y para dar fe histórica y cronológica, suficientes, del amor de Petrarca á Laura, mas para la verdadera historia de un amor no bastan si el poeta no nos habla de él al mismo tiempo que de sus demás sentimientos, y bajo este punto de vista son muchísimas las expresiones que ha dejado Petrarca en sus disertaciones, en sus cartas y en sus poesías latinas é italianas. Ya hemos hablado de estas últimas, pero falta decir que hasta sus obras latinas, en que trata motivos serios y graves, contienen también manifestaciones claras é indubitables de su amor, prueba evidente, si se necesitase, de que este amor, muy lejos de ser una ficción, era un sentimiento tan verdadero que no menguó ni abandonó al poeta en ningún tiempo.

Más que en estas expresiones, se revela el verdadero sentimiento de Petrarca en sus poesías italianas dedicadas exclusivamente á su amor, es decir, sus sonetos, canciones, sextinas, baladas y glorias (triumfos). De los primeros existen 317, de los cuales compuso el poeta 227 en vida de Laura. En estas obras poéticas canta el vate la amistad y la naturaleza, otras tratan de la religión ó de la política, unas son monitorias fogosas, otras son lamentaciones y quejas lúgubres, pero todas convergen finalmente al mismo centro, al amor. Esta tendencia uniforme conduce, necesariamente, á la monotonía, tanto más cuanto que este amor no ofrece peripección alguna; ni Petrarca ni Laura se buscan, ni se huyen, ni riñen, ni se reconcilian, ni tienen ni piensan en luchar con obstáculos y adversarios, ni temen oposiciones, ni esperan